

rojos. Han vivido juntos niñez y adolescencia. Se le avisa. Un decreto de aquellas gentes permitía a los jefes de sus partidos solicitar el indulto de pena capital que pudiera recaer sobre alguno de los suyos. Su respuesta, escueta, es contundente: «Es una fascista, y él no quiere saber nada». Es muy probable que Carmen Tronchoni prefiera ese reconocimiento final de su mejor título y condición.

Cárcel de Molina, viejo convento profanado. El patio está lleno de flores. Hay naranjos y ese olor embriagante y de feliz presagio que es el azahar. Desde allí se ve Montjuich.

Carmen ama la vida, tiene veintidós años, es muy bonita. Un hombre joven, inteligente, ha vertido en su oído las permanentes rutinas maravillosas que dice el amor. Batallas que resuenan ya viniendo de Aragón. Como ovejas, muchas mujeres esperan en aquel patio, que ofrece brotes de fecundidad y vida, la fecha que les ha de libertar. Carmen, levantina, siente ágil y exuberante el corazón.

El 27 de marzo, cuando ya están oscuros los dormitorios, la vienen a buscar. Sale con un abrigo echado sobre los hombros. Por debajo le asoma un blanco ropaje.

Le ofrecen unas flores. Elige cinco, exactas, y dice «Adiós» sencillamente. En la capilla —una celda como las demás— escribe dos o tres cartas. A sus padres, a los compañeros de martirio. «En estos momentos me han anunciado la noticia de nuestra próxima ejecución... Esta tarde creo que confesaré y comulgaré, y no os digo nada más sino que os envíe un abrazo con todo el valor que yo poseo.»

En un pañuelo marca con sangre el yugo y las flechas. La ejecución se ha señalado para las cinco. A las ocho todavía espera y se debate en la incertidumbre vital. Luego se supo que un canje nacional había intentado con todo esfuerzo evitar la tragedia.

A las ocho y cuarto, Carmen Tronchoni cae en Montjuich, aquel castillo sombrío que ella contemplaba desde su patio pletórico de luz, de flo-

res, de azahar. Antes condecora el pecho bravo de sus compañeros con los claveles que la emoción de otras cautivas de mejor destino le ofreció. Y las balas impulsaron su alma hacia el Señor.

Porque ella pidió que su rostro fuese respetado para facilitar una posible reclamación del cadáver, el tiro de gracia abrasó y deshizo su cutis terso de veintidós años.

(Hasta aquí, sacado del expediente de recompensa de Carmen Tronchoni.)

En premio a la inmolación de su vida en acto de servicio, se le concede la «Y» de oro individual.

* * *

Y para estímulo se cuenta aquí la muerte durante este período de otras camaradas de Barcelona, cuyo relato da idea de lo arriesgado y difícil de toda aquella época.

María Mira Calderón. — Detenida en agosto del 37 y ejecutada el 29 de abril de 1938 en el foso de Santa Elena, de Montjuich.

Catalina Viader Pons. — Procedía de la Comu- nión Tradicionalista. Perteneció al Socorro Blanco. Fué detenida y condenada a la última pena, y ejecutada en el Castillo de Montjuich el 11 de agosto de 1938.

Rosa Fortuny Ramos. — Fué detenida con su esposo y su hija, y muerto su esposo a causa de los sufrimientos, la condenaron a la última pena.

Sara Jordá Cualter. — Viuda con dos hijos de veinte y dieciocho años; fué condenada a la última pena por pertenecer al Socorro Blanco.

Alba Bosch. — Acusada de pertenecer al Socorro Blanco, fué martirizada y condenada a la última pena. La ejecutaron el 11 de agosto de 1938 en el Castillo de Montjuich.

María Dolores Plá. — Asesinada en Montjuich por ser falangista.